

EDUARDO TORRES ARANCIVIA

La voz de nuestra historia

El poder de la oratoria civil y religiosa en el Perú (siglos XVI-XIX)

Lima, abril de 2012



Capítulo 6. El abismo de la guerra

6.1. LA GUERRA DEL PACÍFICO

«La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre» (González Prada 1956: 19-23).

La descarnada sentencia de Manuel González Prada no era, en lo absoluto, exagerada. La guerra con Chile (1879-1883) significó para el Perú el episodio más traumático de todo el siglo XIX. Esa centuria, que desde sus inicios se había presentado violenta y desordenada por obra de la anarquía propiciada por caudillos militares y la inoperancia de una clase política civil, encontró en este dramático colofón la sentencia terrible a su devenir como nación.

Consolidar una república moderna, independiente y soberana que, encaminada por las sendas del progreso, pudiera asistir al gran concierto de las naciones avanzadas del mundo: esta había sido la promesa desde los aurales tiempos de la vida independiente del Perú. No obstante, las viejas estructuras del Antiguo Régimen barroco estuvieron muy lejos de ser demolidas. En vez de capitalismo, persistió el rentismo cortesano de la

élite criolla, culpable del despilfarro atroz de la inmensa riqueza obtenida producto de las ventas del recurso guanero a mediados del siglo XIX.

Aunque se proclamó la ciudadanía y a pesar de las constituciones y leyes que se revistieron de la Modernidad francesa y estadounidense, los estamentos virreinales subsistieron, y la situación de los negros y los indios así parecía demostrarlo. Sobre estos últimos, era claro que sus vidas empeoraron en comparación con el periodo colonial: al ser silenciados políticamente desde la represión posterior a la Gran Rebelión de 1780, entraron al limbo del republicanismo carentes de dirigentes y de un programa político, y así se fueron sumergiendo en la pobreza. No es ilógico pensar que esa imagen del indígena que propusieron Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y todos los indigenistas posteriores haya sido creación de las contradicciones republicanas y no del virreinato.

El Estado de tintes liberales que se intentó instaurar lo fue solo en apariencia: era muy difícil comprender que cualquier construcción de ese tipo debería basarse en el respeto estrictísimo de la ley y en el funcionamiento eficaz de las instituciones. Estas, más bien, se diluyeron en la anomia. Los Congresos fueron, en general, meros apéndices del Poder Ejecutivo. Este, dirigido por caudillos militares y no por civiles, siguió el rumbo o del autoritarismo —en el mejor de los casos— o de la dictadura. Los golpes de Estado se sucedían uno tras otro al igual que las constituciones.

Planes para remediar estas circunstancias también los hubo, sin duda. Es más, alguien debería aventurarse a denominar al siglo XIX peruano como el siglo del «proyectismo», ya que, a pesar de los desórdenes narrados, algunos sectores civiles semiburgueses intentaron implementar planes reformistas de envergadura. Varias fábricas e industrias fueron abiertas, así como algunos bancos, y se intentó que los dineros del guano cimentaran las bases de un desarrollo burgués. Ni qué decir del gran plan de unir al Perú con líneas ferroviarias que, según Manuel Pardo, llevarían el progreso, la civilización y la vida misma por doquier, tal como lo sostuvo en un sermón Bartolomé Herrera.

Pero ocurrió que esta pretendida modernidad discurrió por las sendas de la más arcaica tradición. «Modernización-tradicionalista» la llamó un intelectual¹³³, o sea, modernización a medias. Casi había ocurrido con el Perú lo que con España en los albores del siglo XIX: mientras la Península se sumergía en la ostentación de un imperio ya ido, Inglaterra emergía como potencia por la ruta de la industrialización y del capitalismo¹³⁴. Y algo similar ocurrió en Sudamérica. La costa atlántica y Chile se hicieron del desarrollo mientras que el Perú derrochaba. De nuevo parecía confirmarse una famosa sentencia: el que lo tiene todo suele entregarse al ocio o a la improductividad; el que no tiene casi nada se ve empujado a repuntar.

Todo esto puede sonar contundente; de hecho, la misma gente y los intelectuales que vivieron esos días lo veían también así. Los pocos burgueses —como Manuel de Argumániz, fundador del primer banco peruano— sostenían que, en el Perú, no se podía tener una mentalidad empresarial puesto que la «criollada» o la improvisación lograban imponerse¹³⁵. Lo mismo el presidente Manuel Pardo (1872-1876), quien, tras ver la Modernidad europea en su apogeo durante sus viajes juveniles, quiso repetirla para su país y en sus escritos pedía con desesperación que los últimos millones obtenidos de la venta del guano sean utilizados para alcanzar la anhelada prosperidad material y el progreso de la patria. Según él, se había desperdiciado mucho tiempo. Ya en la presidencia, como primer civil en ese cargo, quiso llevar a cabo la utopía republicana, es decir, concretar, de una vez por todas, los caros anhelos de los padres fundadores de la patria¹³⁶. Poco pudo hacer. La crisis internacional de 1872 frenó todas sus reformas. El dinero se había agotado.

La sensación era que el país desperdiciaba oportunidad tras oportunidad, que el desorden primaba sobre la autoridad, que no había

133 Cfr. Trazegnies 1992: 30-35.

134 Cfr. Pérez Herrero 1992: 13-23.

135 Cfr. Orrego, Puente y Torres Arancivia 2006: 4.

136 Cfr. Carmen Mc Evoy 1997: cap. 2.

hombres de Estado. Manuel Candamo, peruano rico y semiburgués, presidente del país en los años 1903-1904 y hecho prisionero durante la guerra con Chile, lo dijo con desesperanza cuando le tocó explicar las causas de la derrota frente al país del sur:

«Tal vez no se presentará en la historia un caso tan desgraciado como aquél en el que se encuentra el Perú; en la situación más crítica, en la crisis más angustiosa, en el mayor peligro que pueda correr un país, no tiene un solo hombre, no diré de importancia, pero ni siquiera medio regular. No hay remedio; estamos perdidos. En nuestro país se producirán muy buenas yucas y camotes, muy buenas paltas y chirimoyas; pero lo que es un hombre de Estado, de ninguna manera; por lo menos, ha pasado con ellos lo que con los limones en el Valle de Lima. Y mientras tanto, aquí en Chile... ah! Otra cosa» (Puente Candamo y Puente Brunke 2008: 281).

El Perú, a su entender, había perdido, frente a su enemigo, el tren de la historia. La desazón era total:

«[Si comparamos al Perú con Chile] toda la gente decente, rica, ilustrada y de influencia toma en este país [Chile] participación en la política, en la administración. Las cámaras están compuestas por lo general de lo mejor y todos los puestos públicos están desempeñados, no por soldadotes brutales y arbitrarios, sino por gente culta, y que conoce sus deberes. Por eso nos han vencido y nos tienen como nos tienen» (Puente Candamo y Puente Brunke 2008: 449).

Con tal impronta, el Perú no podía ganarle una guerra a Chile.

Hablar de este conflicto y sus hechos es, hasta en cierto punto, redundante, aunque no puede negarse que aún es necesaria la realización de trabajos monográficos sobre el tema que diluciden varios aspectos que se

presentan como vacíos en la historiografía peruana actual¹³⁷. En todo caso, la clara política expansionista chilena desde la década de 1860, con sus miras hacia el norte; la riqueza salitrera en el abandonado litoral boliviano dentro de un contexto de conflictos limítrofes con el país del sur; y la desatinada política internacional del Perú confluyeron para que las tensiones en el continente sudamericano estallasen.

El Perú estaba unido a Bolivia por un tratado de alianza defensiva firmado en 1873 bajo absoluto secreto durante el Gobierno de Manuel Pardo. Este documento ponía al Perú en una situación bastante comprometida, más aún, cuando el propósito original era conformar la creación de un bloque continental que incluyera también a Argentina. Esto último no llegó a concretarse, pero para Chile quedó la sensación, con asidero, de que tarde o temprano iba a ser devorado por sus vecinos. Al negarse Argentina a ser parte de dicho bloque, el Perú quedó ligado a un país pobre y desordenado. Por su parte, el Perú, sumergido en sus propias contradicciones y derroches, no estaba listo materialmente para una guerra: su armamento era obsoleto y su ejército, poco profesional.

El pleito por el salitre entre Bolivia y Chile estalló en guerra en febrero de 1879 cuando las tropas chilenas desembarcaron y tomaron Antofagasta. El Perú, gobernado en aquel entonces por el general Mariano Ignacio Prado, vencedor de la guerra contra España en 1866, intentó mediar en el conflicto. Para ello, envió al país del sur al experimentado diplomático José Antonio de Lavalle, quien en pleno viaje se enteró de que el Perú había firmado el antedicho tratado de defensa con Bolivia. Chile pidió la neutralidad del Perú, Lavalle no podía darla y la guerra entre los tres países se hizo un hecho el 5 de abril de 1879.

El primer escenario de la guerra debía ser el mar. En mayo, se produce el primer encuentro en Iquique, que significó la pérdida del mejor navío peruano por un error imperdonable (la fragata encalló por acercarse mucho

137 Un reciente estudio lo podemos encontrar en Parodi 2010.

a la costa) y, desde entonces, los destinos del Perú se vieron apostados en un viejo monitor llamado Huáscar, comandado por el almirante Miguel Grau. De mayo a octubre, las esperanzas del Perú se ven cifradas en ese navío que logra éxitos importantes. No obstante, la escuadra chilena logra sacar de combate a Grau en la gesta de Angamos, el 8 de octubre de 1879. Desde ese momento, podría decirse que la guerra la había perdido el Perú.

Habiendo ganado Chile el mar, se inicia el avance por tierra. Dos campañas, la de Tarapacá y Tacna sellan el destino del Perú. En ellas, se van perfilando los héroes, al mismo tiempo que se van manifestando las miserias de un país. Es lo usual en una guerra. En enero de 1881, Lima cae y es tomada por el invasor. La conmoción es total. Los próximos tres años serían terribles. Como nunca, los peruanos clamaron a su Dios desde las profundidades del abismo.

6.2. LA ORATORIA GUERRERA

El viernes 4 de abril de 1879, se llevó a cabo en Lima un verdadero mitin. Unas cuatro mil personas, totalmente eufóricas por las noticias que llegaban de Chile y Bolivia, se reunieron en la Plaza Mayor de Lima para «probar al mundo que no impunemente se le provoca». Desde los amplios balcones de la municipalidad metropolitana, varios «notables» hablaron al pueblo ahí reunido. Los discursos que improvisaron comenzaban llamando a la serenidad, pero luego, a medida que avanzaban las alocuciones y el día, elevaban su tono y terminaban mostrando la faceta más dañina de la palabra: cuando esta es usada como arma¹³⁸. La oratoria de esta semana crucial se muestra irresponsablemente bravucona y, claro está, movió a una masa enardecida que parecía encontrar por fin un enemigo en quien desahogar la ira contenida.

No hay nada peor para un pueblo que dejarse llevar por la ira. Y no hay nada peor en los políticos que creer que pueden manejar la ira de esa

138 Cfr. El Comercio 1879.

masa. Los hombres que ese día salieron al balcón del cabildo se presentaron eufóricos y de sus discursos parecían emanar lenguas de fuego¹³⁹. No cabía duda de que, esa tarde, cada uno veía lo que quería ver. El mismo alcalde limeño comenzó asegurando el triunfo de la causa peruana en el inminente conflicto y así dio ánimos a la gente diciéndole que no era una «masa tumultuosa» ni una «muchedumbre insensata a quien devora una sed de sangre», sino «la grandiosa y solemne asamblea de los hijos de esta Patria que supo siempre hermanar el indomable valor y la santidad de la justicia». Y no hay mejor forma de mover a las personas que gritar a voz en cuello el nombre de la patria: cada discurso terminó con un sonoro «¡Viva el Perú!», acompañado por un alegato insensato e irracional que terminaba resonando en un «¡A las armas y al combate! ¡Hasta el día de la victoria!».

Al alcalde le siguió en el «balconazo» el diplomático Guillermo Seoane, quien en su discurso remarcó el siempre noble carácter del Perú que no dudó en ayudar a Bolivia, una nación hermana. El orador cuenta cómo el país había actuado con buenos oficios «para impedir una guerra brutal que los progresos de la civilización condenan». Si la lucha ha sido aceptada, dice Seoane, es porque hay una indignación ciudadana que debe ser satisfecha. En ese momento, quien por su formación era quizás el más llamado a mantener la calma incurre en el grito guerrero que convoca a luchar contra Chile.

Para Seoane las guerras también tiene un lado positivo: ellas pueden unir a una nación de modo que sus ciudadanos olvidan sus rencillas y rencores para unirse a la causa común de luchar contra el enemigo externo. Para este diplomático, lo que no se había logrado desde lo pronunciado por el general San Martín hacía ya décadas en esa misma plaza lo iba a hacer, supuestamente, una guerra:

«A la sombra de nuestro estandarte se congrega hoy en estrecha unión cuantos llevan orgullosos el nombre de peruanos. Olvidadas

139 Los discursos que a continuación se analizan provienen de la edición de *El Comercio* del domingo 6 de abril de 1879.

quedan nuestras disensiones; el problema de la fusión está resuelto por el patriotismo al frente del peligro; nuestra república se alza majestuosa y altiva y agrupa a los discípulos del glorioso [Manuel] Pardo con los partidarios de todos los caudillos para cosechar los laureles que siempre alzaron el campeón del derecho y de la libertad de América» (Seoane 1879).

Luego vino el turno de Lorenzo García, quien arremetió sentenciando que «había llegado la hora de la virtud y los sacrificios». Este político le dice al pueblo que Chile le ha clavado al Perú un puñal en el corazón. Así, apelando a la retórica sencilla y figurativa, este hombre se atreve a decirles a los ahí congregados que las naciones necesitan de retos como los que el país está enfrentando. Estos moldean el carácter y legitiman los títulos de existencia ante al orbe. Sin luchas tan tremendas como la guerra que se iba a iniciar, decía García, no hay progreso. El avance de un pueblo, sentenciaba el acalorado orador, debe basarse en «sangrientos testimonios de merecimiento».

Al final de su discurso, Lorenzo García retoma el simbolismo patriótico para mover los corazones de sus oyentes. Así, habla del significado de los colores patrios. En su antojadizo análisis, el blanco representaría la «buena fe», la «lealtad» y la «tolerancia»; y el rojo no puede ser sino sinónimo de «valor», «honor» y «holocausto de sangre». Este holocausto es, pues, el último y máximo sacrificio que purificará a los pueblos.

Otra de las voces que se dejaron oír desde el balcón central de la casa municipal fue el del jurista y polígrafo Cesáreo Chacaltana. Recogiendo el fuego de sus anteriores colegas, este hombre no dudó en calificar al nuevo conflicto como «una segunda guerra de Independencia». La causa del Perú, a su entender, era justa, pues el país se iba a enfrentar, en sus palabras, a un verdadero felón, a un tigre que durante casi treinta años había estado acechando a su presa inocente. De ahí en adelante, su discurso se va poniendo más agresivo: Chile es un país codicioso, el gran traidor de América. Y la coda de su alocución no puede ser más escatológica:

«La declaratoria de guerra a nuestro país es un designio de la Providencia que sin dudas quiere dar al Perú la noble y altísima misión de hacer desaparecer de las aguas del Pacífico esa bandera manchada por tanto crimen» (Chacaltana 1879).

Tras escuchar esta larguísima exhibición de inflamado verbo, la gente ahí presente —llevando en primera fila una bandera peruana usada en la gesta del 2 de mayo de 1866— se dirigió emocionada a la plazuela de Desamparados y, desde ahí, exigió que el Presidente de la República salga a uno de los balcones posteriores de la casa de Gobierno. Ante la exigencia, el general Mariano Ignacio Prado hizo su aparición pública para dirigirse a las personas ahí congregadas. Como el caudillo que era, el gobernante del Perú solo atinó a dar más alas a un pueblo furibundo. Así, Prado llegó a decir: «¡Bien pueblo de Lima, bien! Esa es la actitud que corresponde hoy al primer pueblo de la República». Siguiendo la línea de los anteriores oradores, el Presidente justifica la entrada del país en el conflicto. El Perú, por buscar la paz e interponer sus buenos oficios, ha encontrado la guerra. Ahora el grito del presidente se eleva y retumba en los tímpanos de quienes lo escucharon ese día: «Han querido guerra, guerra tendrán; pero guerra tremenda; guerra terrible cual corresponde a la magnitud del agravio hecho».

6.2.1. El discurso de Fernando Casós

El mismo día del mencionado mitin por la declaratoria de guerra al Perú por parte de Chile, entre los oradores que desde el balcón de la municipalidad se dirigieron a la masa enardecida estaba Fernando Casós (1828-1881). Casós era un abogado que había estado en la cresta política nacional y que era conocido por su verbo encendido y su accionar valiente y arriesgado. Ese día, señalan los testimonios, se lanzó a la palestra con un apasionadísimo

discurso que opacó al de sus colegas en extensión, ira y temática¹⁴⁰. En realidad, más que un discurso, se trató casi de una conferencia a todo pulmón que bien puede haber durado un par de horas. El discurso de este orador es interesante ya que en él se encuentra solo insidia, rencor e irresponsabilidad.

Ya desde la primera frase que soltó el abogado ese día, se nota su pretensión de educar a la gente ahí reunida. Su fin será —y lo dice con total claridad— «inculcar en la masa la conciencia de la justicia de una causa», puesto que eso permitirá que el pueblo se conduzca directamente a la victoria. Pero la pedantería de Casós va más allá: lamentó que el pueblo se haya visto privado de escucharlo hace quince años, ya que una generación se había perdido la oportunidad de seguir los embrujos de su labia. Así, para recuperar el tiempo perdido, se lanza al ruedo y ofrece una larga, compleja y resentida conferencia.

La línea rectora de su alocución se determina por un solo tópico: la supuesta perfidia de Chile. El país del sur, dice Casós, ha venido traicionando a los países americanos desde 1867 en adelante. Para sus fines oscuros, Chile no duda en intrigar —dice el orador— con sus diplomáticos esparcidos por el mundo contra Argentina, Bolivia y el Perú. No solo eso: secretas y oscuras tratativas con España luego de la guerra de 1866 le hacen creer a Casós que Chile fue el culpable del derrumbe del sueño continental de unir a Latinoamérica en un solo frente ante el imperialismo, y de crear un derecho de gentes común e integrador.

Por ello, Casós no tiene miedo a la sentencia y a la frase poco pensada. Adjetivó a Chile como «un perpetuo intrigante», «un país malo», una «nación de embusteros», una nación «raqútica», y más. Pero ahí no quedó su discurso. Luego, este se vuelve un aburrido recuento casuístico de los líos fronterizos, de los tratados, de los principios jurídicos que avalaban la causa de Bolivia y del Perú, solo para concluir con una bravuconada: «Si quieren guerra —dijo señalando a Chile— guerra tendrán, guerra grande, guerra terrible, guerra inmensa, en una palabra, guerra sin cuartel».

140 Cfr. Casós 1879. Las siguientes citas de este discurso pertenecen a esta fuente.

Luego la palabra de Casós se ve en la necesidad de la elucubración manipuladora y así imagina que, ya cuando el conflicto haya estallado, la bravura del peruano aflorará para que, cuando un chileno pregunte «¡Quién vive!», tenga la peruana respuesta de un soldado que «oprimiendo su fusil en el corazón» dirá: «¡El Perú!». El final del discurso resulta una bravata:

«Ciudadanos: vamos a la guerra con la conciencia de la noble causa que en ella nos compromete, con el sentimiento de que desenvainamos nuestra espada para defender a Bolivia que nos dio su decisión filial en 1866 y a quien debemos tener todo el amor que inspira la hija de nuestras entrañas. A la guerra ciudadanos, a la guerra sin tregua, terrible y tremenda. La victoria nos espera. ¡Viva la República!» (Casós 1879).

6.2.2. Señor, salva a tu pueblo

A los veinte días de la declaratoria de guerra por parte de Chile al Perú, comenzó a circular por la ciudad de Lima, de forma impresa, la siguiente oración:

«O Dios, que diriges las batallas y vences con la fuerza de tu poder a los impugnadores de los que en Ti esperan: socorre a tus siervos que imploran tu misericordia, a fin de que reprimida la ferocidad de nuestros enemigos, te alabemos con incesable acción de gracias. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén» (Roca y Boloña 1879).

Esta plegaria pertenece a un conjunto de ejercicios piadosos cuyo fin era invocar el triunfo de las armas peruanas en la recién iniciada contienda. La elaboración de esa deprecación estuvo auspiciada por monseñor Roca y Boloña, y se distribuyó gratuitamente entre la población. Ahí, claramente se percibe una idea que en aquellos días prevaleció entre el clero y la población: ya que el Perú era el país agredido, se entendía que el Dios de los Ejércitos habría

de frenar la injusticia. En ese sentido, los devotos debían encomendarse a él a través de una serie de ritos privados y públicos. Estos últimos irían en aumento a medida que los sucesos de la campaña marítima y terrestre comenzaran a ser adversos a la causa peruana. Prueba de ello es la carta que envió el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Pedro José Calderón, al arzobispo de Lima, Francisco Orueta y Castrillón, el 31 de diciembre de 1880, poco después de iniciarse la campaña de Lima y estando los chilenos en las puertas de la ciudad:

«A fin de alcanzar para nuestras armas la protección del Dios de los Ejércitos en la actual contienda con Chile e implorarle por la salvación de la Patria, se ha organizado una asociación de señoras divididas en 33 coros, de 33 personas cada uno, para hacer una adoración perenne al Santísimo durante 33 días, en la Iglesia Catedral» (Calderón 1880).

La noción providencialista era clarísima. Hasta la cifra 33 resulta un indicador: es la edad que supuestamente tenía Cristo cuando murió. Pero donde con mayor claridad se percibe la fe en la intervención divina es en los hermosos sermones que se analizarán más adelante.

6.2.3. El mensaje de Mariano Ignacio Prado

El 24 de abril de 1879, el presidente Mariano Ignacio Prado se dirigió a la nación por medio de la representación congresal¹⁴¹. Su discurso es diferente del dado en la plazuela de Desamparados para satisfacer las expectativas de la gente congregada ahí días antes. Su retórica, esta vez, apunta a victimizar al Perú, describirlo como presa fácil del país del sur. Al mismo tiempo, intenta relanzar la vieja imagen del país como una nación que siempre buscó la paz y la concordia en el continente. Como se podrá colegir, es un discurso que no está a la altura de las circunstancias. Las palabras de Prado son palabras de emoción más que de política de Estado. En vez de señalar acciones inmediatas

141 Cfr. Prado 1879.

y proponer soluciones, el presidente se regodea en el efectismo de no poder o no querer aceptar lo que había caído de golpe sobre el país: la guadaña nefasta de la guerra.

Las primeras frases de su alocución recuerdan los supuestos y antiguos lazos de confraternidad que, supuestamente, habían unido a los países latinoamericanos en otros tiempos. Y, claro, el referente inmediato es 1866 cuando el Perú, Ecuador y Chile se unieron en alianza defensiva para evitar una posible intervención europea (encabezada por una dolida España) en el continente. Por ello, este discurso se muestra desfasado, pensando en antiguos triunfos y en sentimientos ya idos. Prado quiere ver a las naciones como hermanos que se están peleando en una lucha familiar, donde uno (Chile) traicionó al resto (el Perú y Bolivia).

En vez de proponer soluciones ante el cataclismo que se venía, el presidente se dedica a atacar al país austral. Chile, dice, es un pueblo que ha actuado inmoralmente, ha devenido en usurpador, y ha violentado la justicia y el derecho en toda la región americana. También cae en la inconsecuencia a todo nivel —político y personal—. No puede entender que el Perú se vea envuelto en una guerra de tal magnitud, que demandará un vigor que ya no podrá aprovecharse para, por fin, consolidar las instituciones del país. La pregunta es obvia: ¿este razonamiento no debió surgir décadas antes, cuando la sociedad perulera se sumergía en el desastre de una guerra civil que devoraba todo a su paso por obra y gracia de caudillos ambiciosos? Por otro lado, la palabra del presidente se muestra débil al defender el famoso Tratado Secreto de Alianza que, en 1873, había unido al Perú y Bolivia en un pacto de defensa mutua. Fuera de la realidad, el presidente quería señalar a la opinión pública que ese tratado no implicaba necesariamente la guerra y la prueba estaba en que el Gobierno se había negado a dar armas a Bolivia mientras el Perú se comportara como mediador.

Los historiadores han criticado, aunque tal vez no con la fuerza requerida, el optimismo que embargó a los limeños cuando la guerra fue declarada. ¡Qué irresponsable puede ser a veces el hombre organizado en sociedad! ¡Y más aún cuando sus gobernantes inflaman ánimos cuya potencia

no llevará a ningún lado! El final del mensaje se condujo, en sus últimas frases, por esa vía insensata:

«La República de Chile nos ha declarado la guerra porque el Gobierno del Perú procuraba evitar la que había estallado entre ella y la de Bolivia; y el Perú la ha aceptado con ese entusiasmo activo y generoso que lo caracteriza en las grandes situaciones; con ese entusiasmo que siempre inspira la justicia precursora de la victoria» (Prado 1879).

Los políticos no deben ser zahoríes. Ellos no pueden predecir el futuro ni garantizar victorias, por lo menos de la manera tan contundente como lo hizo Prado ese día, más aún cuando él, como presidente, estaba al tanto de la real situación económica del país. Pensar en causas justas y que solo estas bastan para vencer determina una manera providencialista de entender la praxis nacional. ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre el hombre político y el hombre religioso?

6.2.4. El Te Deum del 28 de julio

«JUSTICIA Y PROVIDENCIA —. He aquí dos palabras que explican, mejor que todos los filósofos, desde los más humildes hasta los más estupendos acontecimientos de la humana historia: (...) JUSTICIA Y PROVIDENCIA! He aquí la clave, la explicación del enigma, el porqué vemos caer repentinamente a los fuertes, presos en sus propias redes, y a los humildes elevarse como por encanto, solo porque defienden la inocencia y el derecho (...) no temáis, porque el combate no es vuestro sino del brazo de Dios! (...) en el campo de la justicia y el derecho, nuestro enemigo está, de antemano, IRREMISIBLEMENTE DERROTADO y derrotado ignominiosamente (...) Hubo una nubecilla que al principio hizo vacilar a los pusilánimes, pero eso solo fue porque Dios ha querido que confiásemos en él más que en la destreza de nuestros jefes o en la coraza de nuestras naves» (González de la Rosa 1879).